

177

177









Homenaje á Cervantes

EN EL

TERCER CENTENARIO DEL QUIJOTE

DEDICADO

Á LOS NIÑOS Y MAESTROS DE LAS ESCUELAS
DE PRIMERA ENSEÑANZA

POR

D. Ezequiel Solana,

Maestro de las Escuelas públicas de Madrid.



MADRID

EL MAGISTERIO ESPAÑOL

8—Reina—8.

1905

= 781 =

Á QUIEN LEYERE

Por Real orden de 6 de Marzo de 1905, se ha dispuesto que en todas las Escuelas primarias de niños y de niñas, se solemnice el Centenario del *Quijote* con algún acto literario ó artístico.

Es un compromiso de honor para los Maestros, como lo es para España entera, que se celebre con la mayor solemnidad el Centenario del *Quijote*, libro por el cual, á través de los siglos y los mares, la madre Patria parece que reconcilia ante sí los pueblos distantes y dispersos que constituyen la antigua familia española.

Lo que para Grecia fueron la *Iliada* y la *Odisea* de Homero, para Italia la *Eneida* de Virgilio, para Inglaterra los dramas de Shakespeare, para Portugal *Los Lusíadas* de Camoens, es para España el *Quijote* de Cervantes, y más aún, porque la obra de Cervantes se ha difundido y vulgarizado por todos los pueblos del planeta, porque se ha traducido á todos los idiomas cultos en centenares de ediciones, porque las artes se han disputado á porfía la reproducción gráfica de las escenas de aquel libro maravilloso que después de la Biblia es el más leído en el mundo.

Saben los Maestros cómo han de honrar la memoria de Cervantes, y seguros estamos de que han de procurar todos que la celebración del tercer Centenario sea digna de la juventud escolar y de la Patria; mas esto no es obstáculo para que nosotros pretendamos ofrecerles, en pequeño volumen reunido, algo de lo mucho bueno que en multitud de libros se halla diseminado, y que puede contribuir á dar á conocer á los niños el mérito del *Quijote* y facilitar á los Maestros medios con que mejor solemnicen el Centenario.

Nuestro trabajo se ha reducido á recoger materiales dispersos y ordenarlos, y como se ve, no tiene valor alguno. Nos adelantamos á hacer esta afirmación antes de que se nos eche en cara que el libro carece de originalidad y mérito.

S.

VIDA DE CERVANTES

El siglo XV terminó su gloriosa carrera después de haber asombrado al mundo entonces conocido con los dos descubrimientos más grandes, más útiles y maravillosos que en la historia de la humanidad se registran.

Juan Gutenberg había realizado la invención de la imprenta. De ella dijo con varonil acento nuestro poeta Quintana:

...es en vano

que el hombre al pensamiento
alcanzase escribiéndole á dar vida,
si desnudo de curso y movimiento
en letargosa obscuridad se olvida.
No basta un vaso á contener las olas
del férvido oceano,
ni en solo un libro dilatarse pueden
los grandes dones del ingenio humano.

Cristóbal Colón había descubierto un nuevo mundo, en el que antes de mucho, y en toda su extensión, había de hablarse la hermosa lengua castellana.

El siglo XVI, al recoger tan prodigiosa cuanto inestimable herencia, apresuróse á mejorarla y acrecerla. Propagóse rápida-

mente el invento de Gutenberg, adquiriendo cada día mayores perfecciones: intrépidos navegantes, siguiendo el derrotero que Colón les señalara, fueron descubriendo nuevas tierras, á las que llevaron nuestra fe, nuestra civilización y nuestro idioma.

Aquellos dos grandiosos descubrimientos que, al parecer, ninguna relación inmediata tenían, pudiera creerse que estaban dispuestos y enlazados secretamente por la Providencia para servir en día no lejano, el uno propagando y extendiendo la obra más hermosa y admirable que había de producir el humano ingenio; el otro aumentando los ámbitos en que había de dilatarse aquella futura gloria de España, y el número de los que entendieran y hablaran la robusta y armoniosa lengua en que había de ser escrito el libro inmortal que, como dice un ilustrado biógrafo de Cervantes, «ha sido durante más de dos siglos la admiración del mundo, la envidia de las naciones extranjeras, el recreo del vulgo, la medicina de los malhumorados y el repertorio inmenso de todas las gracias de la conversación».

El nombre de Cervantes llenó pronto la patria; corrió por el mundo entero. Su obra portentosa *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* fué llamada «regocijo de las Musas»; se tradujo á todos los idiomas cultos, y pronto pudo decirse que

después de la Biblia no había libro que hubiera tenido mayor número de ediciones. Cervantes fué proclamado príncipe de los ingenios españoles, y su nombre se puso á la altura de los de Sófoles, de Homero y de Virgilio.

Pero, cosa extraña: ¿de dónde era Cervantes? Como siete ciudades de Grecia se habían disputado el honor de haber sido patria de Homero, siete poblaciones españolas—Sevilla, Madrid, Lucena, Toledo, Esquivias, Consuegra y Alcázar de San Juan—se disputaron el ser la cuna de Cervantes.

Hoy está ya fuera de duda que la patria de Cervantes fué Alcalá de Henares, donde se muestra con orgullo la partida de bautismo y la pila donde fué bautizado. Gloria envidiable para la ciudad que tan alto puso su nombre por entonces con la Universidad creada por Cisneros, y la impresión de la primera Biblia Políglota.

La vida de Cervantes, aún no bien estudiada por sus biógrafos, es interesantísima por todo extremo. Nació en Alcalá de Henares y fué bautizado á 9 de Octubre de 1547 en la parroquia de Santa María la Mayor. Su padre, D. Rodrigo, era un modesto cirujano, pero de ilustre abolengo y familia netamente española y como española cristiana. No encontrando en Alcalá de Henares los medios necesarios para sostener á su familia, algo numerosa, en

pocos años y durante la infancia de Cervantes, se trasladó de Alcalá de Henares á Valladolid, de Valladolid á Madrid, y de Madrid á Sevilla. Estos viajes hicieron conocer á Cervantes distintas gentes y pueblos que dejaron huella profunda en su imaginación, á juzgar por la exactitud con que sabe después pintar sus caracteres y costumbres.

Donde primero se distinguió Cervantes por sus aficiones á las letras fué en Madrid. Aquí cursó las Humanidades, siendo discípulo del célebre maestro Juan López de Hoyos. Cervantes compuso unos versos en la muerte de la desgraciada Isabel de Valois, que le valieron algunas distinciones. Del amor que le profesaba su maestro dan testimonio las palabras con que lo distingue llamándole su «caro y amado discípulo».

Por exigencias de la escasez hubo de ponerse Cervantes como camarero al servicio del Legado del Papa, Cardenal Aguirre, con el cual pasó á Roma en 1569. Sus viajes por Italia le fueron muy provechosos, así para aumentar el caudal de sus conocimientos, como para adquirir gran experiencia de la vida, por el trato con diferentes personas de calidad, á cuyo lado se aprende más que en los mejores libros.

Como todos los hombres de su tiempo, quiso ser soldado, y se alistó en el famoso tercio de D. Miguel de Moncada, á las ór-

denes del capitán Diego de Urbina y bajo las banderas de D. Juan de Austria. Concurrió á la batalla de Lepanto, donde peleó con heroico denuedo, siendo herido de un arcabuzazo que le destrozó la mano izquierda; herida que él tuvo en gran estima por haberla cobrado en «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados y presentes, ni esperan ver los venideros.»

Cuando regresaba á España en 1575, embarcado en la galera *Sol*, fué apresado por el pirata Mamín y conducido á Argel, donde sufrió largo y duro cautiverio. La vida de Cervantes en Argel, relatada por él mismo en la primera parte del *Quijote* con sencillez y naturalidad encantadoras, es admirable. Allí, con peligro constante de su vida, se consagró á la magna empresa de rescatar á los cautivos cristianos, y aun intentó levantarse con la plaza para devolverla á España. Entretanto su familia, vendiendo toda la hacienda, consiguió reunir el precio de su rescate y lo envió á Argel; pero Miguel de Cervantes, que tenía, como el ánimo esforzado, un corazón grande y generoso, aplicó aquella cantidad al rescate de su hermano Rodrigo, que también estaba en cautiverio, y él se quedó en la prisión hasta 1580 en que fué rescatado por los Padres Mercenarios.

Regresó á España pobre, desconocido y desamparado, y se alistó en el ejército de Portugal, donde sirvió dos años. Desenga-

ñado de las pocas ventajas que podría obtener con la carrera militar, volvió á Castilla, contrayendo matrimonio con doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, de ilustre linaje de Esquivias (Toledo), adonde fueron á vivir modestamente. Para entonces ya había compuesto Cervantes una novela pastoril, la *Galatea*, con la que obsequió á su dama y se granjeó un nombre ilustre en el mundo literario.

La necesidad le obligó á consagrarse de lleno á las letras y escribió varias comedias, algunas muy celebradas; pero tuvo que compartir el culto de las Musas con los prosaicos trabajos de un oficio de factor de provisiones para la Armada en Sevilla. Cierta quiebra de un banquero, con quien tenía relaciones comerciales, le puso en trance apurado, y como contra él resultasen algunos alcances, fué preso en seguida, si bien muy pronto quedó probada su inocencia y se le puso en libertad. Créese que fué en la cárcel sevillana donde empezó á escribir el *Quijote*. No se sabe qué fué de él desde 1598 á 1603: sólo consta que estuvo «en un lugar de la Mancha» del que no quería acordarse, por los sucesos, sin duda desagradables, que allí le habían acontecido.

En 1603, va Cervantes á la Corte, que á la sazón estaba en Valladolid, y después de terminar el enojoso asunto de sus cuentas, saliendo libre de todos los cargos que

se le hacían, empezó nuevamente sus trabajos para lograr un destino, trabajos que resultaron estériles, porque la fortuna siempre se mostró esquiva con este hombre á quien el cielo dotara de ingenio tan privilegiado.

Cervantes seguía cultivando las letras. Tal vez en aquellas horas de amargura que laceraban su corazón, él escribía, para consolarse, páginas inmortales de la primera parte del *Quijote*, llenas de jovialidad, pero donde se encubre un fondo de profunda melancolía. Necesitaba un Mecenas, un protector, y no le hallaba. El mismo Duque de Béjar no se le mostró muy propicio, aunque después de leer un capítulo del *Quijote* aceptó la dedicatoria que le ha inmortalizado.

Vuelto Cervantes á Madrid, publicó en 1605 la primera parte de su obra sin par, que fué recibida con grande aplauso, pero que no le redimió de la pobreza, contra la cual no tenía el *Príncipe de los Ingenios* otro recurso que el trabajo servil, dedicado á los negocios de algunos ilustres personajes.

Esta vida de penuria y desasosiego, con una salud hartó quebrantada, no le impedía consagrarse á las letras, que fueron siempre sus más preciados amores. Leía desde sus tiernos años hasta los papeles rotos que encontraba por las calles, y cuando ya viejo tenía un momento de va-

gar, lo dedicaba á escribir aquello que bullía en su imaginación fecunda, lozana y soñadora. Compuso por entonces comedias, las *Novelas ejemplares*, preciadas joyas de nuestra literatura y multitud de poesías, publicando, al fin, en 1615, la segunda parte del *Quijote*, que fué recibida aún con mayor aplauso que la primera.

En 2 de Abril de 1616, se agravó en la enfermedad de hidropesía que venía padeciendo; y sin poder salir de su casa, hizo en ella la profesión en la Tercera Orden de San Francisco, de quien siempre fué muy devoto. Algo mejorado de sus males, pasó á Esquivias, pero pronto hubo de volver á Madrid, porque veía que la muerte se le acercaba. Este viaje, que bien puede ser llamado de la eternidad, fué descrito por Cervantes en la dedicatoria de la novela *Persiles y Sigismunda*, y es una de las páginas más sublimes de la literatura española.

La enfermedad se fué agravando por momentos, y el lunes 18 de Abril, administraron á Cervantes la Extramaunción.

Entonces, esperando la muerte á la orilla del sepulcro, cuando los demás hombres, entregados á una horrorosa incertidumbre ó á confusos terrores, todo lo olvidan, Cervantes conservaba en su memoria la gratitud que debía á su bienhechor, el Conde de Lemos, y con mano mal segura, aunque con voluntad firme y serena, escri-

bió aquella sentida carta que empezaba con estos versos:

Puesto ya el pie en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran señor, ésta te escribo...

Confortado con los auxilios espirituales y rodeado de deudos y amigos, entregó su alma el día 23 de Abril de 1616, á los sesenta y nueve años de edad, y en el mismo día que perdía Inglaterra á su inmortal poeta Shakespeare. Sus exequias fueron pobres y obscuras, como lo había sido su vida. Su cuerpo, cubierto con el paño de la Orden Tercera, y conducido en hombros de cuatro hermanos de ella, fué sepultado en el Monasterio de Trinitarios de Madrid, donde era monja profesa la hija de Cervantes, D.^a Isabel, á la que su padre amaba con singular cariño. Sus huesos se confundieron con los de los demás cadáveres enterrados en el mismo monasterio, y los amantes de las letras, por una negligencia sobrado culpable de los coetáneos de Cervantes, no pueden hoy decir: *Aquí yacen los restos del autor del Quijote.*

En cambio, ¡qué de lápidas y pomposos epitafios se ven con frecuencia en magníficos sepulcros, erigidos por la vanidad ó la ignorancia á los que, más que padres, fueron verdugos de su patria! La sociedad, como los niños, se deja ir tras lo que brilla, lo que deslumbra, sin pararse á distin-

guir si aquel brillo procede de oro puro ó de simple alquimia. Así se ve á los audaces, á los intrigantes, escalar los altos puestos, conquistar honores y riquezas, aparentar talento, valor, virtudes, siendo en realidad vanos entes, completas nulidades; mientras que los hombres de verdadero mérito, de privilegiado talento, de acendradas virtudes, con su saber, con su filosofía y humildad, son relegados, como Cervantes, en vida á la pobreza, y después de muertos á la fosa común, que es como decir á los panteones del olvido.

E.

JUICIOS SOBRE EL "QUIJOTE,,

El «Quijote» y su transcendencia.

Cuando Lope de Vega empezó á escribir para el teatro, con tanta fecundidad y acierto, que el mismo Cervantes le llamó «Monstruo de la Naturaleza», muchos ingenios españoles que habían encontrado alguna ayuda á sus necesidades inventando farsas y comedias, se retiraron del teatro. Cervantes fué uno de ellos, y esta es, sin duda, la época más calamitosa de su vida.

Errante y vagando por distintas comarcas de España, Cervantes busca y no halla una colocación, un empleo que sus virtudes, sus talentos y sus servicios á la Patria le tenían bien merecido. Su suerte desgraciada le lleva arrastrando de Madrid á Sevilla, de Sevilla á la Mancha, sin encontrar sosiego en parte alguna, y lo que es peor, sin poder lograr colocación estable que le asegure la diaria subsistencia. Entonces fué cuando concibió la idea del *Quijote*, ó por lo menos, cuando empezó á escribir la historia del «Ingenioso Hi-

dalgo» que él había forjado en su mente. Menospreciado por los poetas de su tiempo, por envidia de su facundia, ó porque no supiese hacer los versos de ellos, tiende Cervantes la mirada sobre su siglo, y viendo con indignación entregada la mayor parte de los hombres á una clase de lectura extravagante, que viciaba la educación, corrompía las ideas de la moral, estragaba las costumbres y usurpaba con las invenciones más monstruosas la atención debida solamente á la bondad y á la belleza, apenado de que España se viera inundada de libros de caballerías, que por sus despropósitos eran admiración de los idiotas, entretenimiento de los ociosos y tal vez distracción indigna de los discretos,—«yo acabaré con esa peste»,— dijo para sí Cervantes, y su imaginación grande, fecunda, portentosa, le presentó el héroe que había de extirpar tantos y tan insufribles paladines.

De nada habían servido las invectivas secas, los juicios severos, las reprensiones ásperas de filósofos y moralistas. Las declamaciones de Luis Vives, Alejo Vanegas, Obispos y predicadores contra los libros de caballerías, habían resultado completamente inútiles. Era menester emprender otro camino. Cervantes pensó que, puesto que las gentes se complacían tanto en la lectura que se quería destruir, el fin no se alcanzaría sino sustituyéndola con

otra que fuera igualmente grata, y supliendo la pérdida de tantos libros con otro que venciése á los demás en novedad y placer; que rico con todas las galas de la imaginación, se apoyase en los principios del gusto y de la verdad, y en donde la invención y la filosofía acordos suspendiesen y agradasen á toda clase de personas en todos los estados de la vida.

Tal fué la obra de *Don Quijote*, que la posteridad contempla átonita, sin atreverse á decidir cuál sea más admirable, si la fuerza de la fantasía que la inventó, el gusto con que se ejecutó, ó la dicción con que fué expresada. Cuando se habla de este libro admirable, que muchos leen, pero que aún debe leerse y meditarse más, el uno ensalza la novedad y elevación del pensamiento, el otro la verdad y belleza de los caracteres y costumbres; éste la variedad de los episodios, aquél la abundancia y delicadeza de las alusiones y de los chistes; quién admira más el artificio y gracia de los diálogos, quién la inestimable hermosura y limpidez del estilo, ó la corrección y pureza del lenguaje.

No hemos de ser nosotros quienes hagamos nuevos encarecimientos de las insuperables bellezas del *Quijote*, ni quienes examinemos cómo el autor supo hacer de su héroe el más ridículo, y al mismo tiempo el más discreto y virtuoso de los hombres, sin que tan diversos aspectos se da-

ñen unos á otros; cómo en Sancho aplicó todas las gradaciones de la simplicidad para ser siempre gracioso y nunca chocarrero; cómo supo enlazar á su fábula lances y episodios que tan intensamente se armonizan con ella; cómo supo hacerlos servir todos al objeto principal, variando las situaciones, amenizando las escenas, agradando siempre, sin decaer nunca y sin fastidiar jamás. Cualidades son éstas del genio, y Cervantes se levanta á la altura de los Homeros y Virgilibios, y aun puede asegurarse que en ocasiones les aventaja.

El *Quijote* es una obra original y grande, es un poema divino á cuya ejecución contribuyeron las Gracias y las Musas, libro sin par que á su aparición, como los rayos del Sol deshacen las neblinas de la mañana, deshizo para siempre las ilusiones de la caballería y sus libros, tan abundantemente derramados como vergonzosamente acogidos por la juventud de su época. Triunfo admirable y singular reservado al genio de Cervantes.

Acabaremos estas ligeras consideraciones con las elocuentes palabras que Pi y Molist dedica á la obra de Cervantes, á aquella suprema alegoría en que se representa la humanidad de todos los tiempos y lugares, de aquel poema divino «desenvuelto con inmejorable arte en una narración perspicua, sabrosa, interesante: de movimiento espontáneo y gallardo; rica

en sentencias, sazónada en donaires, magistral en el estilo, galana en la frase, pura en la dicción, modelo del buen gusto; única en el pensamiento, primera en su género y universalmente celebrada; donde el grave concepto filosófico anda en pareja con el sencillo razonamiento vulgar, la idea sublime con el humilde refrán, tan luminoso quizás como ella; donde el lenguaje de gente ruin tiene una compostura que atrae y un gracejo que hechiza; donde los risueños matices de la naturaleza contrastan con los sombríos colores de la miseria humana; donde ni las alegrías arrojan al desvanecimiento, ni las tristezas precipitan en la desesperación; donde no dejan lugar al odio, á la venganza, ni al escepticismo, el espíritu de caridad y la fortaleza que alientan en el seno de la más acendrada fe cristiana; donde hasta las fealdades disimula un suave tinte de hermosura; libro para el cual no ha corrido el tiempo, antes vive en juventud perenne; libro que se lee hoy, y se vuelve á leer mañana, y todos los días, y siempre admira más, y cada vez pone á la vista nuevos primores; libro que al sabio contenta, al ignorante adoctrina, y á todos embelesa con el deleite puro que nace de la percepción y contemplación de lo bello en la excelcitud de lo ideal; libro que ha tenido y tiene el singular privilegio de ser para doctos y eruditos un estímulo constante

de estudios é investigaciones, y también para muchos un enigma en que está encubierto un pensamiento transcendental; monumento, en fin, con que el genio ha simbolizado la hidalguía, esfuerzo é intrepidez de la raza española, su magnánima generosidad en las bienandanzas, su varonil entereza en el sufrimiento de los infortunios y aun los defectos que la exageración de esas brillantes cualidades engendra, pero que, en medio de sus imperfecciones, conservan siempre la traza distinguida y simpática de su noble origen».

Y dice bien Pi y Molist, porque Cervantes es el símbolo de nuestra propia España con sus aventuras, su poder mental, sus empresas románticas y hasta sus desgracias. La vida de Cervantes parece la vida misma de la nación española, individualizada en uno de sus más gloriosos hijos; y las aventuras de Don Quijote, caballero enamorado de lo ideal y fantástico, enemigo de toda injusticia y valeroso acometedor de toda noble empresa, son el trasunto de la historia de los pueblos de León y de Castilla, de Aragón y de Cataluña, siempre armados de todas armas y luchando con todo linaje de enemigos grandes ó pequeños, reales ó fingidos por la fantasía acalorada que ve ejércitos y gigantes, donde no hay más que manadas de carneros ó molinos de viento.

El «Quijote» como obra literaria.

¿Qué obra es ésta, que sin reproducir sucesos de aquellos que más pueden interesar á las naciones por estribar en ellos su grandeza y su gloria, teniendo sólo por objeto criticar un género de literatura que ha desaparecido, sin más héroes que un loco y un grosero palurdo, ha pasado de obra de circunstancias á obra inmortal, y es hoy el libro, no sólo de España que le dió el sér, sino de todas las naciones que nos le envidian? ¿En qué consiste ese encanto, ese poder que ejerce en cuantos le leen, y que permanece aun despojado de la rica vestidura que le presta un lenguaje seductor y armonioso? Consiste en que en ninguna obra ha derramado la imaginación con más abundancia sus inapreciables tesoros, y en ninguna se ostentan más al propio tiempo las elevadas dotes de la razón más cultivada. En otras, estas dos facultades del entendimiento humano se perjudican una á otra. Ó la imaginación rechaza el buen juicio, ó éste ahoga la imaginación. En el *Quijote* se dan la mano y marchan juntas como buenas amigas, cual si hubiesen celebrado un pacto entre sí para producir con sus esfuerzos reunidos un libro incomparable. Así, pues, nada le falta al *Quijote*. El que busca una fábula ingeniosa é interesante, la encuentra tan artificiosa, tan variada, que jamás se

agotan las aventuras de toda clase, los lances sorprendentes, desde los sueños extravagantes de una imaginación enferma, hasta los triviales sucesos de la vida privada; el que anhela descripciones bellas, las halla á cada paso tales y tan varias, que no pueden menos de embelesar por su exactitud y la valentía del pincel con que están ejecutadas; el que exige caracteres bien diseñados, admira mil de mano maestra, que denotan profunda observación y conocimiento grande del corazón humano; el que pide filosofía, la encuentra en todas las páginas; el que necesita lecciones de moral, de política, de literatura, las tiene con profusión y de la sana doctrina; el que quiere reír, ríe; el que se complace en llorar, llora; no hay estado en la sociedad que no se encuentre descrito; no hay condición que no pueda aprovecharse de sus máximas. Las selvas y las ciudades, las chozas y los palacios, los desiertos y las amenas campiñas, los campos y los talleres, todo se recorre, todo se ve con admirable exactitud y con aquel realce que presta la magia del estilo. Hállase, en fin, el lector en un inmenso panorama, donde se descubre á la vez todas las cosas, todos los hombres y todas las ideas. Fruto de un feliz ingenio no formado exclusivamente en la lectura de antiguos libros, no aprisionado en la imitación de lo que otros hicieron, sino aleccionado en la escuela del

mundo, de donde saca todos los materiales de su obra para disponerlos del único modo que le aconseja su imaginación fecunda, lozana y libre.

Cervantes, que conocía bastante las obras de la antigüedad para apreciar sus bellezas y haberse formado por ellas el gusto, no las estudió á tal punto que, llevado de servil admiración, creyese un deber suyo el sujetarse á ellas. Tampoco las ideas y doctrinas de su tiempo tuvieron en él tal influencia que se entregase ciegamente á su imperio, siguiendo el rumbo extraviado por donde se iban precipitando nuestros mejores ingenios. Cervantes no obedeció más que á su propia inspiración; no imitó más que á la naturaleza; no pretendió hablar más que como todos hablan. Así, fué siempre original, siempre español; así, á pesar de combatir las ideas de su siglo, fué entendido de todos, y de todos admirado; así, su obra, en vez de envejecer, parece adquirir cada día nuevas bellezas: porque esta obra no está fundada en sistemas arbitrarios y pasajeros, debidos á circunstancias especiales ó civilizaciones dadas, sino en aquellas doctrinas sólidas que son de todos tiempos y que hacen eternas las producciones del entendimiento humano.

A no ser así, hubiérale sucedido á Cervantes lo que á Lope de Vega y Calderón. Á una época de gloria, siguiérale otra de

olvido, y tras ésta necesitaría como ellos que los hombres ilustrados rehabilitasen su memoria, no ya para hacerlos populares como un día lo fueron, sino para dar á conocer su mérito y su valor á los que son capaces de apreciarlos, y para que los demás lo crean tal vez bajo su palabra: por esto, mientras del *Quijote* se multiplican las ediciones, de aquéllos apenas se logra llevar á cabo una sola; encuéntranse en las bibliotecas de los eruditos, y Cervantes forma muy á menudo la única librería de muchas gentes.

Cervantes, dotado de aquel tacto exquisito que sólo es patrimonio de los grandes genios, previendo tal vez la objeción que había de hacersele, puso al lado de la exageración caballeresca, la exageración de los sentimientos bajos y prosaicos.

Don Quijote es un visionario que delira por querer hallar en todas partes un mundo que no existe; Sancho Panza es tan material en sus inclinaciones, que aun del mundo real no entiende sino lo que puede satisfacer sus groseros apetitos.

Uno y otro están dotados de buen juicio y rectas intenciones: Sancho conoce lo ridículo de la exaltación de su amo: Don Quijote reprende en su escudero la bajeza de sus pensamientos: entrambos discurren bien, cuando no se toca á su respectiva manía: Don Quijote con la doctrina y erudición que debe á su vasta lectura; Sancho

con aquellas sentencias que la experiencia de los siglos tiene acreditadas, formulándolas en refranes que son la filosofía del pueblo. Pero Don Quijote y Sancho siempre que escuchan, aquél su exaltación, éste su egoísmo, cometen mil locuras y reciben crueles castigos. Así corrige Cervantes su defecto con otro, enseñando el camino por donde un buen caballero puede llegar á la perfección, tan distante de ambos extremos; y el mismo Don Quijote la toca siempre que se encuentra en su sano juicio.

Así, en medio de las locuras que hace este personaje, nunca es despreciable; el lector le quiere, se ríe de sus extravagancias, pero se aprovecha de las buenas lecciones que da en sus lucidos intervalos, aprendiendo además, tanto por estas lecciones, cuanto por aquellas locuras, á conocer las cualidades que constituyen un verdadero caballero.

A. GIL DE ZÁRATE.

Filosofía del «Quijote».

El *Quijote* es humano, porque el *Quijote* es español; porque el español, además de ser en la época en que lo retrata el *Quijote*, un tipo de noble belleza moral forjado por la fe cristiana sobre el duro yunque de la guerra de ocho siglos de bata-

llas por la patria y la religión, representa en su temperamento informado por su manera de pensar, y por lo tanto de sentir, en un equilibrio más armónico que otras razas más favorecidas bajo parciales aspectos, el tipo humano universal, tal como pudo darse en la historia en el gran período de expansión de nuestros gérmenes nacionales, en el siglo de oro de nuestra civilización, á los comienzos de la Edad Moderna. Don Quijote representa como nadie la eterna aspiración humana, entonces más avivada que nunca, y en España, como jamás en parte alguna del mundo, á la grandeza, al poder, á la gloria, á la superioridad, á la deificación caballeresca y secular que la hace ser juguete y víctima de ilusiones sin cuento, dejándose arrastrar por su imaginación calenturienta por los espacios ideales.

Sancho simboliza y encarna la eterna sensualidad positivista que busca en los goces y apetitos groseros del comer y del beber, en las satisfacciones materiales de los sentidos, esa misma felicidad, dejándose llevar por tan enlodados caminos de la avarienta fantasía; no menos quiméricamente que del valor, del amor y de la gloria se deja llevar Don Quijote, como práctica demostración del idealismo fantástico, del positivismo más grosero, en testimonio de que el alma es aun en el cuerpo más bestial y más embrutecido por eso, la so-

berana señora de las acciones individuales. Sancho es el Don Quijote de la materia, como Don Quijote es el Sancho Panza del espíritu. Ambos buscan la felicidad que respectivamente se les aparece en forma de malandrines vencidos ó de alforjas repletas, y que engañosamente les lleva tras de las soñadas victorias de los molinos de viento, como tras de los imaginados banquetes de la insula Barataria; en suma, tras esa eterna mariposa de la felicidad terrenal tras la de que no dejamos de correr nunca los hombres, seamos Quijotes ó Sancho Panzas, por más que, escarmentados una y otra vez, estemos persuadidos que bajo el dorado polvo de los distintos matices de sus alas siempre hemos de encontrar el mismo gusano.

El idealismo de Don Quijote tropieza con las mezquinas realidades del hambre y de la sed, de los palos y de las pedradas, de las pateaduras de los toros y de los cerdos; el naturalismo de Sancho tropieza en las ilusiones fantásticas de grandezas pesadas, honores insoportables y dignidades peligrosas que le obligan á renegar del gobierno y le llevan á besar al Rucio con toda la ternura del escarmiento. Ambos corren desolados tras una sombra que los burla. En realidad, sólo se diferencian en el ideal que los informa. La misma ilusión los desvanece, los lleva al ridículo de la desproporción de los medios con el

fin que ambicionan, los hace contradictorios consigo mismos, esto es, juguetes de su finalidad, infantiles, acoceadores contra el agujijón, acosadores eternos del fantasma de la felicidad en los encantados jardines de la vida.

Si Don Quijote representa el *altruismo* á los ojos de las novísimas morales, y Sancho Panza el *egoísmo*, hay que convenir en que los dos reciben el mismo castigo y desengaño de la malignidad de los hombres. Sólo la caritativa amistad ó la religión redentora apartan de sus respectivas locuras, tanto al criado como al amo, como sólo poniendo fuego á los libros que emponzoñan el entendimiento, se busca el camino de atajar el daño que recibe el sentido común de los trastornados por su lectura, como sólo en el momento solemne en que la muerte se cierne sobre el lecho del moribundo, recobra el loco la razón para contemplar y reconocer la verdad que le eclipsaron las pasiones. ¡Como si sólo la caridad, la religión, el castigo purificador y la muerte, fuesen bastantes á recordar la razón extraviada del hombre, llamándola de las necias vanidades de la existencia á la grave y serena contemplación de sus transcendentales destinos!

Fuera de estos heroicos y como sobrenaturales auxilios con que el ingenio de Cervantes atiende á señalar el sendero de la verdad y de la vida entre los escollos

del mal y los abismos del error, todo concurre en la obra al triunfo de su invisible y desconocida unidad, al gran principio que la informa, á la tesis desarrollada en la acción, aunque callada en el discurso, á su profunda y oculta filosofía, que la tiene, aunque se diga que no, á la filosofía que consiste en enseñar la locura de la vida, tal como suele vivirla la cordura habitual del hombre, que sólo se ríe de la locura de los demás cuando difiere de la suya en un accidente jocoso, como la vara apetecida de Sancho ó como el mohoso lanzón de Don Quijote.

Esta filosofía, señores, no me canso de repetirlo, no se predica en el libro, se desprende y deduce de todo él. La predicán, sobre todo, con sus hazañas inmortales en los anales de las gracias, las dos eternas voces de la humanidad á quienes el genio de Cervantes prestó alientos, sonidos, ecos y palabras que resonarán en la vida de la humanidad, mientras la humanidad se dilate, en alas del espacio y del tiempo, por los dominios de la historia.

Pues si es cierto que el gran Cervantes no intentó escribir más que una novela que fuese sátira viviente contra la literatura perversa de los libros de caballería; si es cierto que casi sin saberlo logró escribir un libro inimitable por lo que tiene de profundo bajo las apariencias de ameno, no es menos cierto á la vez que lo

que constituye su gloria, lo que eleva á la inmortalidad su nombre, su memoria y su genio, fué el haber acertado á crear, como si Dios le hubiese delegado sus poderes para ello, dos figuras de carne y sangre que, sin perder por un momento el característico sello individual de sus respectivas personalidades, constituyen, por obra y gracia de su propia naturaleza, los dos arquetipos eternos de las dos grandes ideas madres, de los dos sentimientos engendradores que arrastran y empujan á la humanidad en su peregrinación por la tierra; ideas y sentimientos que, desnaturalizados y sacados como quien dice de quicio por nuestras rebeladas pasiones, constituyen á la vez los dos grandes errores y los dos sentimientos lastimosos en que vacilan y zozobran los mejores instintos del hombre; errores y extravíos que sólo se conocen y se fustigan cuando tocan ya en el ridículo de la exageración manifiesta, que es cuando más abiertamente merecen los apodos de *Quijotismo* y *Pancismo* con que se les conoce en el mundo por haberlas dado nombre, figura, símbolo adecuado y perfecto, el feliz ingenio de Cervantes.

¡Que este es el mérito excepcional de tan celebrada novela! ¡Este el secreto de su valor y de su renombre literario! ¡Este el motivo de su universal popularidad á través de siglos y regiones! Si Cervantes hubiese sido sólo un gran escritor, su obra

correría la suerte de tantas obras bien escritas que se guardan en las bibliotecas para solaz de académicos y eruditos; si Cervantes hubiese sido sólo un gran artista, su novela, sufriendo las alternativas de los distintos ideales, de los sucesivos gustos, de las diferentes escuelas de la crítica, hubiera sido glorificada al fin por las autoridades consagradas del arte y colocada entre las obras que se citan más que se leen, como manifestaciones maestras del ingenio humano; pero para haber llegado á ceñir los laureles clásicos y los laureles populares, renovados constantemente por aclamación entre ignorantes y sabios, entre plebeyos y entre nobles, entre chicos y grandes, entre varones y mujeres, entre extranjeros y nacionales; para haber logrado la eterna popularidad que, sin darse cuenta por qué, la predecía Cervantes, como libro que no había de morir, que no había de reemplazarse, que había de servir de solaz á todo el mundo, que había de citarse como autoridad corriente y vulgar y cuyas aventuras y personajes reproducidos por el pincel y el buril habrían de servir de adorno ordinario y común en las paredes, en alcázares y palacios, y en tabernas y bodegones, para eso era necesario algo más, para eso era necesario que Cervantes acertara, como acertó, no sé si de intento ó por casualidad, siempre por suprema adivinación de su genio, á dar nombre,

fórmula, representación y figura, clara, distinta, fija y perdurable, en una palabra, *personalidad*, á las dos eternas y radicales tendencias del espíritu humano, á las dos direcciones capitales de su actividad prodigiosa, á las dos fuerzas cardinales motoras y conservadoras de la sociedad y reguladoras de su ascensión por las órbitas del progreso, extraviadas y torcidas por lo común en la mayor parte de los hombres por excesos de la pasión que nos perturba y enloquece.

Ese fué el secreto de su poder, esa es la clave del enigma: haber levantado en el valle de lágrimas en que se agita la humanidad esas dos estatuas colosales que de todas partes se ven, que no pueden dejar de verse desde ninguna, que hasta si se cierran los ojos para no verlas, se las ve luminosas, avasalladoras y triunfantes, como eterna lección y perpetuo ejemplo, en el espejo de la conciencia. Figuras colosales forjadas por la ciclópea maza del genio sobre el yunque de bronce de la realidad, al fuego sagrado de la inspiración, con cada una de las dos mitades de nuestra propia naturaleza, constituyendo algo así como las dos medias naranjas de la humanidad que se repelen y se atraen, que pugnan por reunirse y separarse, movidas por las dos fuerzas magnéticas contrapuestas en que se descompone el fluido neutro. Figuras colosales que señalan y

marcan con sus pies los dos abismos insondables que se abren á uno y otro lado del camino real de la humanidad, á la izquierda y á la derecha de su rumbo, como el Scila y el Caribdis del mar en que navega su existencia. Y figuras colosales, en fin, que encierran, como los dos signos luminosos de un gigantesco paréntesis, toda la substancia de la humanidad, ¡que toda ella cabe en el ámbito que custodian estos dos colosos de granito que se levantan como los dioses-términos de su naturaleza, en los linderos de la historia, realizando por no igualada manera el sublime prodigio de encarnar lo abstracto y casi divino universal, en los trazos más profundos y singulares de lo individual, de lo concreto y de lo humano, y proponiendo entre donaires y entre sales al hombre, el problema más fundamental de su misión en la tierra como las esfinges apacibles y risueñas de una civilización maternal, esfinges que están indicando con muda pero elocuente voz á todo el que las contempla la salvadora solución que las explica, las une, las armoniza, las complementa y las corona!

M. MENÉNDEZ PELAYO.

TROZOS DEL "QUIJOTE,"

Aventura de los molinos de viento.

«En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como Don Quijote los vió, dijo á su escudero: La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque, ve allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó poco más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer; que ésta es muy buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes?—dijo Sancho Panza.—Aquéllos que allí ves—respondió su amo—de los brazos largos, que suelen tener algunos de casi dos leguas.—Mire vuesa merced—respondió Sancho—que aquellos que allí se aparecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece—respondió Don Quijote—

que no estás curado en ésto de las aventuras; ellos son gigantes, y, si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración en el espacio, que yo voy á entrar con ellos en fie-ra y desigual batalla.

Y diciendo ésto, dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba advirtiéndole que, sin duda alguna, eran molinos de viento, y no gigantes aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que era; antes iba diciendo en voces altas:—Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.—Levantóse en ésto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse; lo cual, visto por Don Quijote, dijo:—Pues aunque mováis más brazos que el gigante Briareo, me lo habéis de pagar.—Y en diciendo ésto, y encomendándose de todo corazón á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en ristre, acometió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió al viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras de sí caballo y caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle, á todo

correr de su asno, y, cuando llegó, halló que no se podía menear; tal fué el golpe que dió con el Rocinante.—¡Válame Dios!, dijo Sancho,—¿no le dije yo á vuesa merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y que no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

—Calla, amigo Sancho—respondió Don Quijote; que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas á continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento; tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede—respondió Sancho Panza; y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba; y hablando de la pasada aventura, siguieron el camino de Puerto-Lápice, porque allí decía Don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero.

(Primera parte, cap. VIII.)

Razonamiento del Ingenioso Hidalgo sobre la Edad de oro.

Después que Don Quijote hubo satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente soltó la voz á semejantes razones:—Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quienes los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro (que en nuestra edad de hierro tanto se estima), se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna; sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar el necesario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en los huecos de los árboles, formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin más artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rús-

ticas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del tiempo.

Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecía por todas partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar y sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseían.

Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que era menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra. Y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedras entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos.

No había la fraude, el engaño, ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza.

La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor ni los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen.

(Primera parte, cap. XI).

**Delicioso monólogo en que Sancho resuelve
encantar á su señora Dulcinea.**

Sepamos ahora, Sancho hermano, adónde va vuestra merced. ¿Va á buscar algún jumento que se le haya perdido?—No por cierto.—Pues, ¿qué va á buscar?—Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y en ella al sol de la hermosura y al cielo juntos.—¿Y á dónde pensáis hallar eso que decís, Sancho?—¿A dónde? En la gran ciudad del Toboso.—Y bien, ¿y de parte de quién la váis á buscar?—De parte del famoso caballero Don Quijote de la Mancha, que desface los tuertos, y da de comer al que há hambre, y de beber al que há sed.—Todo está muy bien. ¿Y sabéis su casa, Sancho?—Mi amo dice que han de ser unos reales palacios, ó unos soberbios alcázares.—¿Y habéisla visto algún día por ventura?—Ni yo ni mi amo la hemos visto jamás.—¿Y pareceos que fuera aceptado y bien hecho que si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intención de son-sacarles sus princesas, y á desahogarles

sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puro palos y no os dejasen hueso sano?

—En verdad que tendrían mucha razón cuando no considerasen que soy mandado y que mensajero sois, amigo, y no merecéis culpa, non.—No os fiéis de eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando mala ventura. No si no ándeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ajeno; y más que así será buscar á Dulcinea por el Toboso como á María por Rávena, ó el bachiller en Salamanca; el diablo, el diablo me ha metido á mí en esto, que otro no....

Ahora bien; todas las cosas tienen remedio, si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida.

Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo si es verdadero el refrán que dice: dime con quién andas, decirte he quién eres; y el otro de, no con quien naces sino con quien paces.

Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras, y juzga lo negro por blanco y lo blanco por negro, como se pareció que

los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo á jurar, y si porfiare, porfiaré yo más, y de manera que tengo de tener yo siempre la mía sobre el hilo, venga lo que viniere; quizá con esta porfía acabaré con él que no me envíe otra vez á semejantes mensajerías viendo cuán mal recado le traigo de ellas; ó quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador de éstos que él dice que quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño.

(Segunda parte, cap. X)

Cuento de los rebuznos.

En un lugar que está á cuatro leguas y media de esta venta, sucedió que á un regidor de él le faltó un asno, y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles para hallarle, no fué posible. Quince días serían pasados, según es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando, estando

en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo le dijo: Dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido.—Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro; pero sepamos dónde ha parecido.—En el monte, respondió el hallador, le ví esta mañana sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compasión mirarle: quísele antecoger delante de mí y traérosle; pero está ya tan muntaraz y tan huraño, que, cuando llegué á él, se fué huyendo y se entró en lo más escondido del monte: si queréis que volvamos los dos á buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo.—Mucho placer me haréis, dijo el del jumento, é yo procuraré pagárcslo en la misma moneda. Con estas circunstancias todas y de la misma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados de la verdad de este caso. En resolución, los dos regidores, á pie y mano á mano, se fueron al monte; y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar al asno, no lo hallaron ni pareció por todos aquellos contornos, aunque más le buscaron. Viendo, pues, que no parecía, dijo el regidor que le había visto, al otro:—Mirad, compadre: una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir á este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte: y

es, que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabéis algún tanto, dad el hecho por concluído.—¿Algún tanto decís, compadre?, dijo el otro: por Dios que no dí la ventaja á nadie, ni aun á los mismos asnos.—Ahora lo veremos, respondió el regidor segundo; porque tengo determinado que os vais por una parte del monte y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser menos sino que el asno nos oya y nos responda, si es que está en el monte.—A lo que respondió el dueño del jumento:—Digo, compadre, que la traza es excelente, y digna de vuestro ingenio; y dividiéndose los dos, según el acuerdo, sucedió que casi á un mismo tiempo rebuznaron, y cada uno, engañado con el rebuzno del otro, acudieron á buscarse, pensando que ya el jumento había parecido, y en viéndose, dijo el perdidoso:—¿Es posible, compadre, que no fué mi asno el que rebuznó?—No fué, sino yo, respondió el otro.—Ahora digo, dijo el dueño, que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia, en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oído cosa más propia.—Esas alabanzas y encarecimientos, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan á vos que á mí, compadre; que por el Dios que me crió, que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mejor rebuznador

del mundo; porque el sonido que tenéis es alto; lo sostenido de la voz á su tiempo y compás; los dejos, muchos y apresurados, y en resolución, yo me doy por vencido y os rindo la palma y doy la bandera de esa rara habilidad.—Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré más de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia: que puesto que pensara que rebuznaba bien, nunca entendí que llegara al extremo que decís.—También diré yo ahora, respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse de ellas.—Las nuestras, respondió el dueño; si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros; y aun en éstos, plegue á Dios que nos sean de provecho. Esto dicho, se tornaron á dividir y á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvían á juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos, y no el asno, rebuznasen dos veces, una tras otra. Con esto, redoblando á cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte, sin que el perdido jumento respondiese ni aun por señas. Mas ¿cómo había de responder el pobre y malogrado, si le hallaron en lo más escóndido del bosque, comido de lobos? Y en viéndole, dijo su dueño:—Ya me maravillaba yo de que él no respondía,

pues á no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, ó no fuera asno; pero á trueque de haberos oído rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarlo, aunque le he hallado muerto.—En buena mano está, compadre, le respondió el otro, pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo. Con ésto, desconsolados y roncós se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les había acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar; todo lo cual se supo y se extendió por todos los pueblos circunvecinos; y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordias por doquiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nada, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos, en viendo alguno de nuestra aldea, rebuznasen, como dándoles con el rebuzno de nuestros regidores.»

(Segunda parte, cap. XXV.)

Son muchísimos los trozos admirables, más ó menos largos, que pueden tomarse del *Quijote* para que sean leídos por los niños en alta voz. El Maestro puede elegir los que juzgue más oportunos.

POESÍAS

Á Miguel de Cervantes.

Gloria á Cervantes, loor
al genio que en alto vuelo,
mojó en raudales del cielo
la pluma del escritor;
gloria al genio seductor,
que asombra, encanta ó divierte;
lauros al atleta fuerte
que con sus hercúleos brazos
arrojó un mundo en pedazos
á las plantas de la muerte.

Él, con su genio profundo
y la fe por estandarte,
cual nuevo Colón del Arte,
buscó para el Arte un mundo;
con entusiasmo fecundo
trabajó artista y guerrero;
y, al fin, consiguió altanero,
con gloria que aturde al hombre,
fijar su potente nombre
junto á Dante, y junto á Homero.

Él vió otra aurora lucir
por en medio del nublado,
é hirió de muerte el pasado
presintiendo el porvenir;
dejó en la tierra al morir
su nombre que el mundo aclama;
de su inspiración la llama,
que brilla radiante y pura,
y una copa de amargura
tan grande como su fama.

Titán de la inspiración,
con la distancia creciendo,
va un aplauso recibiendo
de cada generación;
y es tan grande la ovación
que da el mundo á su memoria,
que si cantando victoria
se alzase en la tumba fría,
en la tumba se hundiría
bajo el peso de su gloria.

Al escuchar los rumores
que produce su talento,
toma vuelo el pensamiento
para otros mundos mejores;
porque son tan seductores
y es tan pura su belleza,
que cuando á escribir empieza
sobre el mundo su proscenio
todas las cumbres del genio
se humillan á su grandeza.

B. LÓPEZ GARCÍA.

De cómo nació el «Quijote»

Era una prisión oscura
en bóveda terminada,
bajo tierra socavada
á guisa de sepultura;
lúgubre cual la amargura,
tan húmeda como el llanto,
triste como el desencanto,
como la barbarie fuerte,
silenciosa cual la muerte
y horrible como el espanto.

Luz tenue, que vacilaba,
con sus trémulos fulgores
aquella mansión de horrores
levemente iluminaba.

Un hombre allí dormitaba
sobre desnudo tablado,
teniendo una mesa al lado
y en ella pluma, tintero,
el moribundo mechero
y un papel emborronado.

—
Con extraña entonación
su nombre dijo aquel hombre,
y á los ecos de su nombre
se estremeció la prisión.
La sonora vibración
que por lo gigante arredra,
rebota en la tosca piedra,
y con eco ronco y duro
repiten bóveda y muro:
«¡Miguel Cervantes Saavedra!»

—
...Y prosiguió: «Ya que el mundo
me desprecia y martiriza,
le obligaré á entrar en liza
con mi talento fecundo.
Que su ira y rencor profundo
la sociedad en mí agote;
mi libro será el azote
de esa ciega sociedad.
Yo derribaré una edad
con un poema, el *Quijote*».

J. VELARDE.

—
A Don Quijote.

Espejo de paladines
airado el hierro levantas
para rendir á tus plantas
felones y malandrines.
Jamás propósitos ruines

en tu pecho hicieron nido,
y aunque cien veces herido
rodaste, de fuerzas falto,
nunca yo te ví más alto,
que cuando te ví caído.

V. RUIZ AGUILERA.

—

Ante el busto de Cervantes.

A Miguel Cervantes copia
la efigie que veis presente;
fué pasmo de extraña gente,
regocijo de la propia.

Fortuna le hirió con saña,
mas saña tan sin fortuna,
que antes fué esa saña, á una,
su fortuna y la de España.

Herido fué en su galera
con doble estrago y espanto,
y esa fué la que en Lepanto
dejó al infiel sin bandera.

Pasa pena, y por baldón;
si la Mancha le condena,
numen hace de la pena,
y de la Mancha blasón.

Se le encerró en lo profundo
de un calabozo nocivo,
y de allí salió el cautivo
para cautivar al mundo.

Ya poeta, ya guerrero,
en ingenioso artificio,
dió muerte su pluma al vicio,
dió vida al honor su acero.

Y entre donaire y hazaña,
supo sellar en la historia
con una mano su gloria
y con ambas la de España.

J. R. CALCAÑO.

Gloria á Cervantes.

La Edad Media se hundió. Cual se derrumba
gigante el árbol carcomido y seco,
el Feudalismo descendió á su tumba;
en la campana comunera el eco
de la futura libertad retumba.

Roto de la ignorancia el férreo anillo,
buscó en la imprenta el pensamiento cuño,
el arcabuz sustituyó al cuchillo,
y con fragor se desplomó el castillo
sobre el sangriento polvo del terruño...

...El cielo se ilumina,
recorre hondo y vital sacudimiento
la alborozada tierra que germina,
y alzándose del polvo de la ruina,
grita al mundo á una voz: «Renacimiento.»

¡Dichoso tiempo, amanecer dorado
de un día por Dios mismo festejado,
risueño despertar tranquilo y puro
que arrullan los recuerdos del pasado,
que alegran los ensueños del futuro.

¡Renacimiento! Embriaguez de vida,
palpitación universal de gloria,
himno del arte que á gozar convida,
poema de la ciencia redimida,
página de oro de la humana historia.

Al ponerse ese sol, en los intantes
en que oculta su disco de brillantes,
el genio nace á quien el orbe acata
y el edificio en su esplendor remata.

Como escultura colosal, Cervantes
es el Titán que en soberano arrojo,
con un pie en cada edad se alzó divino,
y, nuevo Moisés, abrió á su antojo
á la extraviada humanidad camino
por las olas sin fin de aquel Mar Rojo.

El cautivo en Argel, héroe en Lepanto,
el que teniendo á su merced sumisa
la inspiración con singular encanto,
supo arrancar el llanto con la risa,
y provocar la risa con el llanto.

El un libro escribió que, sin segundo,
la realidad y el ideal hermana,
libro que encierra, irónico y profundo,
la contrapuesta variedad del mundo,
y el claroscuro de la vida humana.

Todo el que sueños adoró distantes,
y, esclavo de lo real, viva en sus grillos,
oír la carcajada de Cervantes;
pues ¿quién no tomó ventas por castillos,
ni confundió molinos con gigantes?

El genio, lengua que la voz traduce,
del universo y su esplendor refleja,
llama que al pueblo de Israel conduce
que el plan divino al presentir produce,
lo que aún informe la creación bosqueja.

Verbo en que á redimir á la caída
miserable humanidad, con vario nombre
y fecunda virtud, desconocida,
á través de la historia y de la vida,
perpetuamente Dios se está haciendo hombre.

E. FERRARI.

Y era manco.

Con extraña habilidad
un soldado, poco á poco,
queriendo pintar un loco
retrató á la humanidad.
Como dijo la verdad,
dejó al mundo descontento,
y, mendigando el sustento,
murió de hambre el pobrecito,
acusado del delito...
de tener mucho talento.

En obra tan singular,
que rival no ha de tener,
España aprende á leer,
el mundo aprende á pensar.
De aquel tesoro sin par,
Cervantes, con rica vena,
puso tanto en cada escena
en una página sola,
que (aun siendo la obra española)
España la encuentra buena.

Hoy dice el mundo (y se engaña)
—¡pues no era manco el autor!—
Más quien hizo tal primor
salió manco de campaña.
Si por la gloria de España
que en el *Quijote* se encierra
Europa nos arma guerra,
decid con desdén profundo:
—El mejor libro del mundo
Lo escribió un manco en mi tierra.—

L. CANO.

Un Ministro Quijote.

Hubo en una corte un ministro loco,
loco rematado como Don Quijote,
á quien bautizaron con aqueste mote
viendo cómo el reino quiso gobernar.
Mucho durar pudo, mas por su conducta,
que, según decían, era extravagante,

pronto dejó á un cuerdo su sillón vacante;
dando justo origen á cierto refrán,
que, á pesar del tiempo, dura todavía:
ministro Quijote, ministro de un día.

De las oficinas desterró á los necios
que allí colocaron sus antecesores;
de su lado huyeron los aduladores,
honradez y ciencia pródigo premió.
Consiguió que el libro santo de las leyes
acatase ciego todo ciudadano;
el tesoro público respetó su mano;
pobre subió, y pobre muy pronto bajó;
el refrán, por eso, dura todavía:
ministro Quijote, ministro de un día.

Con las opiniones fué muy tolerante,
blando con los buenos, duro con los malos;
pero jamás quiso persuadir á palos,
como en nuestros días hacen más de tres.
Mientras fué ministro, falto de memoria,
no conoció amigo, ni mimó pariente,
procediendo en todo pura y rectamente,
por lo cual rodando baja del poder;
el refrán, por eso, dura todavía:
ministro Quijote, ministro de un día.

Desde aquel entonces, el mortal que sube
máximas contrarias felizmente observa,
y en su amado puesto firme se conserva,
sin que nada turbe su cabal salud.
El ministro loco sirvele de ejemplo;
hoy ya se gobierna con tan raro tino,
que ni el más imbécil hace un desatino,
por que de él no corra por la multitud
el refrán que el otro por doquier oía:
ministro Quijote, ministro de un día.

V. RUIZ AGUILERA.

España, á la América emancipada.

América, ¡Oh dolor! Discordia impía,
con saña inexorable
agita las regiones que circunda
el Atlántico piélagos insondable.

¡Gentes que alzáis incógnita bandera
contra la madre Patria!, en vano el mundo
de Colón, de Cortés y de Pizarro,
á España intenta arrebatár la gloria
de haber sido español; jamás las leyes,
los ritos, las costumbres que guardaron
entre oro y plata, y entre aroma y pluma,
los pueblos de Atahualpa y Moctezuma,
y vuestros mismos padres derribaron,
restablecer podréis: odio, venganza
nos juraréis, cual pérfidos hermanos;
y ya del indio esclavos ó señores,
españoles seréis, no americanos.
Más ahora y siempre el argonauta osado
que del mar arrastrare los furores,
al arrojar el áncora pesada
en las playas antípodas distantes,
verá la cruz del Gólgota plantada
y escuchará la lengua de Cervantes!

DUQUE DE FRIAS.

Las antiguas colonias á la madre Patria.

Lengua inmortal que hablaron mis mayores,
tan bella como tú, no hay lengua humana.
Por tus frases enérgicas obtuve
el hermoso concepto de la Patria,
y sé por tí que Dios, bondad suprema,
sobre los hombres su piedad derrama;
y al abrir de la Historia el libro inmenso
supe que fueron tuyas las palabras
que pronunció Colón mirando al Cielo,
al descubrir la tierra americana.

Lengua inmortal, idioma de Cervantes,
el colono de ayer tu gloria canta.
Eres rauda torrente. Te despeñas
y caes en deslumbrante catarata,
llenando de sonidos el espacio
y de notas de fuego que se apagan

con ese ritmo vago y misterioso
de un suspiro de amor. Sonora y clara
expresas la pasión; y el pensamiento
por tí se viste con brillantes galas.

Lengua inmortal, á tu existencia unida
por siempre esté mi tierra borincana.
Tronó el cañón, soldados extranjeros
aquí pusieron su pesada planta,
y se cumplió una ley inexorable,
y su gran infortunio lloró España
con la misma amargura y la tristeza
llena de luto y de dolor el alma,
que otro gran infortunio lloró un día
el último rey moro de Granada.

Ese lazo que ayer rompió la fuerza,
átalo tú, mi lengua castellana.
Mensajera, perenne de concordia,
cruza el inmenso mar que nos separa
y lleva de la América latina
á la nación que puebla nuestra raza,
con el pobre cantar del bardo triste,
el beso fraternal de nuestras almas:
¡que se puede cambiar una bandera,
pero los sentimientos no se cambian!

JOSÉ MERCADO.

V

LOS HABLADORES

LOS QUE HABLAN EN ÉL SON LOS SIGUIENTES

Roldan.
Sarmiento.
D.^a Beatriz, su mujer.
Ines, criada.

Un Procurador.
Un Alguacil.
Un Escribano.
Un Corchete.

*Salen EL PROCURADOR, SARMIENTO
 y detras ROLDAN, en hábito roto con espada.*

Sarm. Tome, señor Procurador; que ahí van los doscientos ducados, y doy palabra á usted que aunque me costara cuatrocientos, holgara que fuera la cuchillada de otros tantos puntos.

Proc. Usted ha hecho como caballero en dársela, y como cristiano en pagársela; y yo llevo el dinero, contento de que me descanse y él se remedie.

Roldan. ¡Ah caballero! ¿es usted procurador?

Proc. Sí soy; ¿qué es lo que manda usted?

Roldan. ¿Qué dinero es ese?

Proc. Dámele este caballero para pagar la parte á quien dió una cuchillada de doce puntos.

Roldan. Y ¿cuánto es el dinero?

Proc. Doscientos ducados.

Roldan. Vaya usted con Dios.

Proc. Dios guarde á usted. (*Vase.*)

Roldan. ¡Ah caballero!

Sarm. ¿Á mí, gentilhombre?

Roldan. A usted digo.

Sarm. Y ¿qué es lo que usted manda?

Roldan. Cúbrase usted; que si no, no hablaré palabra.

Sarm. Ya estoy cubierto.

Roldan. Señor mío, yo soy un pobre hidalgo aunque me he visto en honra; tengo necesidad y he sabido que usted ha dado doscientos ducados á un hombre á quien había dado una cu-

chillada; y por si usted tiene deleite en darlas, vengo á que usted me dé una adonde fuere servido; que yo lo haré con cincuenta ducados menos que otro.

Sarm. Si no estuviera tan mohino, me obligará á reir usted; ¿dicelo de veras? pues venga acá: ¿piensa que las cuchilladas se dan sino á quien las merece?

Roldan. Pues ¿quien las merece como la necesidad? ¿no dicen que tiene cara de hereje? pues ¿dónde estará mejor una cuchillada que en la cara de un hereje?

Sarm. Usted no debe de ser muy leido; que el proverbio latino no dice sino que *necessitas caret lege*, que quiere decir que la necesidad carece de ley.

Roldan. Dice muy bien usted; porque la ley fué inventada para la quietud, y la razón es el alma de la ley, y quien tiene alma tiene potencias: tres son las potencias del alma: memoria, voluntad y entendimiento. Usted tiene muy buen entendimiento, porque el entendimiento se conoce en la fisonomía, y la de usted es perversa, por la concurrencia de Saturno y Júpiter, aunque Vénus le mire en cuadrado, en la decanoría del signo ascendente por el horóscopo.

Sarm. Por el diablo que acá me trujo, esto es lo que yo había menester, despues de haber pagado doscientos ducados por la cuchillada.

Roldan. ¿Cuchillada dijo usted? está bien dicho: cuchillada fué la que dió Cain á su hermano Abel, aunque entónces no había cuchillos; cuchillada fué la que dió Alejandro Magno á la Reina Pantasilea, sobre quitalle á Zamora la bien cercada, y asimismo Julio César al conde don Pedro Anzures, sobre el jugar á las tablas con don Gaiféros, entre Cabañas y Olías; pero advierta usted que las heridas se dan de dos maneras, porque hay traicion y alevosía; la traicion se comete al Rey; la alevosía, contra los iguales; por las armas lo han de ser; y si yo riñere con ventaja, porque dice Carranza, en su *Filosofía de la espada*, y Terencio, en la *Conjuración de Catilina*...

Sarm. Váyase con el diablo, que me lleva sin juicio; ¿no echa de ver que me dice bernardinas?

Roldan. ¿Bernardinas dice usted? y dijo muy bien, porque es lucido nombre; y una mujer que se llamase Bernardina estaba obligada á ser monja de San Bernardo; porque si se llamase Francisca, no podía ser; que las Franciscas tienen cuatro eñes; la F es una de las letras del A, B, C; las letras del A, B, C son veinte y tres: la K sirve en castellano cuando somos niños, porque entónces decimos la *caca*, que se compone de dos veces esta letra K: dos veces pueden ser de vino; el vino tiene grandes virtudes; no se ha de tomar en ayunas ni aguado, porque las partes raras del agua penetran los poros y se suben al cerebro, y entrando puras...

Sarm. Téngase, que me ha muerto y pienso que algun demonio tiene revestido en esa lengua.

Roldan. Dice usted muy bien; porque quien tiene lengua, á Roma va; yo he estado en Roma y en la Mancha, en Trasilvania y en la Puebla de Montalvan: Montalvan era un castillo, de donde fué señor Reynáldos; Reynáldos era uno de los doce pares de Francia, y de los que comían con el Emperador Carlomagno en la mesa redonda, porque no era cuadrada ni ochavada. En Valladolid hay una placetilla que llaman el Ochavo; un ochavo es la mitad de un cuarto, un cuarto se compone de cuatro maravedís; el maravedí antiguo valía tanto como agora un escudo; dos maneras hay de escudos: hay escudos de paciencia y hay escudos...

Sarm. Dios me la dé para sufrille; téngase, que me lleva perdido.

Roldan. Perdido dijo usted, y dijo muy bien; porque el perder no es ganar; hay siete maneras de perder: perder al juego, perder la hacienda, el trato, perder la honra, perder el juicio, perder por descuido una sortija ó un lienzo, perder...

Sarm. Acabe, con el diablo.

Roldan. ¿Diablo dijo usted? y dijo muy bien; porque el diablo nos tienta con varias tentaciones: la mayor de todas es la de la carne; la carne no es pescado; el pescado es flemoso; los flemáticos no son coléricos. De cuatro elementos

está compuesto el hombre: de cólera, sangre, flema y melancolía; la melancolía no es alegría, porque la alegría consiste en tener dineros; los dineros hacen á los hombres, los hombres no son bestias, las bestias pacen; y finalmente...

Sarm. Y finalmente me quitará usted el juicio, ó poco podrá; pero le suplico en cortesía me escuche una palabra, sin decirme lo que es palabra, que me caeré muerto.

Roldan. ¿Qué manda usted?

Sarm. Señor mío, yo tengo una mujer, por mis pecados, la mayor habladora que se ha visto desde que hubo mujeres en el mundo; es de suerte lo que habla, que yo me he visto muchas veces resuelto á matalla por las palabras, como otros por las obras: remedios he buscado, ninguno ha sido á propósito; á mí me ha parecido que si yo llevase á usted á mi casa, y hablase con ella seis días arreo, me la pondría de la manera que están los que comienzan á ser valientes delante de los que há muchos días que lo son. Véngase usted conmigo, suplicóselo; que yo quiero fingir que usted es mi primo, y con este achaque tendré á usted en mi casa.

Roldan. ¿Primo dijo usted? ¡Oh, qué bien que dijo usted! Primo decimos al hijo del hermano de nuestro padre; primo, á un zapatero de obra prima; prima es una cuerda de una guitarra; la guitarra se compone de cinco órdenes; las órdenes mendingantes son cuatro; cuatro son los que no llegan á cinco; con cinco estaba obligado á reñir antiguamente el que desafiaba de comun, como se vió en don Diego Ordoñez y los hijos de Arias Gonzalo, cuando el Rey don Sancho...

Sarm. Téngase y téngase, por Dios, y véngase conmigo; que allá dirá lo demás.

Rold. Camine delante usted; que yo le pondré esa mujer en dos horas muda como una piedra; porque la piedra...

Sarm. No le oiré palabra.

Rold. Pues camine; que yo le curaré á su mujer.

(*Vanse Sarmiento y Roldan.*)

Salen DOÑA BEATRIZ, é INES, su criada.

Beat. ¡Ines! ¡hola, Ines! ¿qué digo? ¡Ines, Ines!

Ines. Ya oigo, señora, señora, señora.

Beat. Bellaca, desvergonzada, ¿cómo me respondéis vos con ese lenguaje? ¿No sabéis vos que la vergüenza es la principal joya de las mujeres?

Ines. Usted, por hablar, cuando no tiene de qué, me llama doscientas veces.

Beat. Pícara, el número de doscientos es número mayor, debajo del cual se pueden entender doscientos mil, añadiéndole ceros; los ceros no tienen valor por sí mismos.

Ines. Señora, ya lo tengo entendido; dígame usted lo que tengo de hacer, porque haremos prosa.

Beat. Y la prosa es para que traigáis la mesa para comer vuestro amo; que ya sabéis que anda mohino, y una mohina en un casado es causa de que levante un garrote, y comenzando por las criadas, remate con el ama.

Ines. Pues ¿hay más que sacar la mesa? voy volando.

Salen SARMIENTO y ROLDAN.

Sarm. ¡Hola! ¿no está nadie en esta casa? ¡Doña Beatriz, hola!

Beat. Aquí estoy, señor; ¿de qué venís dando voces?

Sarm. Mirad que traigo este caballero, soldado y pariente mío, convidado; acariciadle y regaladle mucho, que va á pretender á la corte.

Beat. Si usted va á la corte, lleve advertido que la corte no es para Carlos tan encogido; porque el encogimiento es linaje de bobería, y el bobo está cerca de ser desvalido, y lo merece; porque el entendimiento es luz de las acciones humanas, y toda la acción consiste...

Roldan. Quédo, quédo, suplico á usted; que bien sé que consiste en la disposición de la naturaleza, porque la naturaleza obra por los instru-

mentos corporales y va disponiendo los sentidos; los sentidos son cinco: andar, tocar, correr y pensar, y no estorbar; toda persona que estorbare es ignorante, y la ignorancia consiste en no caer en las cosas; quien cae y se levanta, Dios le da buenas pascuas; las pascuas son cuatro: la de Navidad, la de Reyes, la de Flores y la de Pentecostés; Pentecostés es un vocablo exquisito...

Beat. ¿Cómo exquisito? mal sabe usted de exquisitos; toda cosa exquisita es extraordinaria; la ordinaria no admira; la admiración nace de cosas altas; la más alta cosa del mundo es la quietud, porque nadie la alcanza; la más baja es la malicia, porque todos caen en ella; el caer es forzoso, porque hay tres estados en todas las cosas: el principio, el aumento y la declinación.

Roldan. Declinación dijo usted, y dijo muy bien; porque los nombres se declinan, los verbos se conjugan, y los que se casan se llaman con este nombre, y los casados son obligados á quererse, amarse y estimarse, como lo manda la Santa Madre Iglesia; y la razón de esto es...

Beat. Paso, paso.—¿Qué es esto, marido? ¿tenéis juicio? ¿Qué hombre es éste que habéis traído á mi casa?

Sarm. Por Dios, que me huelgo, que he hallado con qué desquitarme. Dad acá la mesa presto y comamos; que el Sr. Roldan ha de sor huésped mío seis ó siete años.

Beat. ¿Siete años? malos años; ni una hora, que reventaré, marido.

Sarm. El era harto mejor para serlo vuestro.— ¡Hola! dad acá la comida.

Ines. ¿Convidados tenemos? Aquí está la mesa.

Roldan. ¿Quien es esta señora?

Sarm. Es criada de casa.

Roldan. Una criada, que se llama en Valencia *fadrina*, en Italia *masara*, en Francia *gaspirria*, en Alemania *filimoquia*, en la corte *sirvienta*, en Vizcaya *moscorra*, y entre pícaros *daifa*. Venga la comida alegremente; que quiero que vuestas mercedes me vean comer al uso de la Gran Bretaña.

Beat. Aquí no hay que hacer, sino perder el juicio, marido; que reviento por hablar.

Roldan. ¿Hablar dijo usted? y dijo muy bien: hablando se entienden los conceptos; éstos se forman en el entendimiento; quien no entiende, no siente; quien no siente, no vive; el que no vive, es muerto; un muerto echalle en un huerto.

Beat. ¿Marido, marido?

Sarm. ¿Qué queréis, mujer?

Beat. Echadme de aquí este hombre con los diablos; que reviento por hablar.

Sarm. Mujer, tened paciencia; que hasta cumplidos los siete años no puede salir de aquí; porque he dado mi palabra, y estoy obligado á cumplirla, ó no seré quien soy.

Beat. ¿Siete años? primero veré yo mi muerte. ¡Ay, ay, ay!

Ines. Desmayóse. ¿Esto quiere usted ver delante de sus ojos? véla ahí muerta.

Roldan. ¡Jesús! ¿de qué le ha dado este mal?

Sarm. De no hablar.

(*Dentro la justicia.*)

Alg. ¡Abran aquí á la Justicia, abran á la Justicia!

Roldan. ¡La Justicia! ¡ay triste de mí! que yo ando huído, y si me conocen, me han de llevar á la cárcel.

Sarm. Pues, señor, el remedio es meterse en esta estera usted; que las habían quitado para limpiarlas, y así se podrá librar, que yo no hallo otro.

Métese en la estera Roldan y salen

EL ALGUACIL, ESCRIBANO y CORCHETE

Alg. ¿Era para hoy el abrir esta puerta?

Sarm. ¿Qué es lo que usted manda, que tan furioso viene?

Alg. El Sr. Gobernador manda que, no obstante que usted ha pagado los doscientos ducados de la cuchillada, venga usted á darle la mano á este hombre, y se abracen y sean amigos.

Sarm. Querría comer agora.

Esc. El hombre está aquí junto, y luego se volverá usted á comer despacio.

Sarm. Vamos, y entre tanto poned la mesa.

Ines. Vuelve en ti, señora; que si de no hablar te has desmayado, agora, que estás sola, hablarás cuanto quisieres.

Beat. Gracias á Dios, que agora descansaré del silencio que he tenido.

*Saca ROLDAN la cabeza de entre la estera,
y mirando á doña Beatriz, dice:*

Roldan. ¿Silencio dijo usted? y dijo muy bien; porque el silencio fué siempre alabado de los sabios, y los sabios hablan á tiempos y callan á tiempos, porque hay tiempos de hablar y tiempos de callar; y quien calla otorga, y el otorgar es de escrituras, y una escritura ha menester tres testigos, y si es de testamento cerrado, siete; porque...

Beat. Porque el diablo te lleve, hombre, y quien acá te trujo. ¿Hay tan gran bellaquería? Yo vuelvo á desmayarme.

(Vuelven á salir todos.)

Sarm. Ya que se han hecho las amistades, quiero que vuestas mercedes beban con una caja. ¡Hola! dad acá la cantimplora y aquella perada.

Beat. ¿Agora nos meteis en eso? ¿no veis que estamos ocupados, sacudiendo estas esteras? *(Muestra el palo.)* Y tú con ese otro, démosles hasta que queden limpias.

Roldan. Paso, paso, señoras; que bien entendí que hablaban mucho, pero no que jugaban de manos.

Alg. ¡Oiga! ¿qué es esto? ¿no es aquel bellaco de Roldanejo el hablador, que hace las maulas?

Esc. El mismo.

Alg. Sed preso, sed preso.

Roldan. ¿Preso dijo usted? y dijo muy bien; porque el preso no es libre, y la libertad...

Alg. Que no, no; aquí no ha de valer la habladoría; vive Dios, que habeis de ir á la cárcel.

Sarm. Señor alguacil, suplico á usted que por haberse hallado en mi casa, esta vez no se lleve; que le doy palabra á usted de darle con qué se vaya del lugar, en curando á mi mujer.

Alg. Pues ¿de qué la cura?

Sarm. Del hablar.

Alg. ¿Y cómo?

Sarm. Hablando; porque, como habla tanto, la enmudece.

Alg. Soy contento, por ver ese milagro; pero ha de ser con condicion que si la diere sana, me avise usted luego, porque le lleve á mi casa; que tiene mi mujer la propia enfermedad, y me holgaria que me la curase de una vez.

Sarm. Yo avisaré con lo que hubiere.

Roldan. Yo sé que la dejaré bien curada.

Alg. Véte, pícaro hablador.

Sarm. No me desagrada el verso.

Alg. Pues si no le desagrada, oiga; que yo tengo alguna vena de poesía.

Roldan. ¡Oiga! ¿poesía ha dicho usted? pues repare que la ha de llevar de puño.

(Hácese unos á otros las salvas y van diciendo las glosas.)

Alg. La condición del hablar,
Más parece tentación
De quien nos suele tentar;
Ni puede ser condición
En hombre que es muladar.
Parte á servir de atambor
Con esa lengua, embaidor;
Y pues que con mayor ruido
Suenas á un discreto oido,
Véte, pícaro hablador.

VI

Á CERVANTES

HIMNO (1)

*Festejemos á Cervantes,
Al soldado, al escritor,
Al que á España en el « Quijote »
Dio alta gloria y esplendor.*

Era niño, y en la escuela,
Modelo de aplicación,
De su maestro, López de Hoyos,
El cariño se captó;
Y en las justas literarias,
Con serena inspiración,
Despertar supo en la Corte
Motivos de admiración.
Festejemos á Cervantes, etc.

Fué soldado, y en Lepanto,
Por su Patria y por su Dios,
Lucha y vence al que de España
Quiere amenguar el honor.

(1) A este himno ha puesto música el ilustrado maestro de Valdemoro, D. Miguel Martínez.

Las heridas que recibe
Testimonios claros son,
De su anhelo, que es muy grande,
De su arrojo, que es mayor.
Festejemos á Cervantes, etc.

Cautivo en Argel cinco años,
Suspira por redención;
Y aunque la Patria no sabe
Premiar su ingenio y valor,
El escribe el *Don Quijote*,
Un libro que, como el sol,
Llena el mundo con sus gracias
Y da á España prez y honor.
Festejemos á Cervantes,
Al soldado, al escritor,
Al que á España en el « Quijote »
Dio alta gloria y esplendor.

FIN







MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

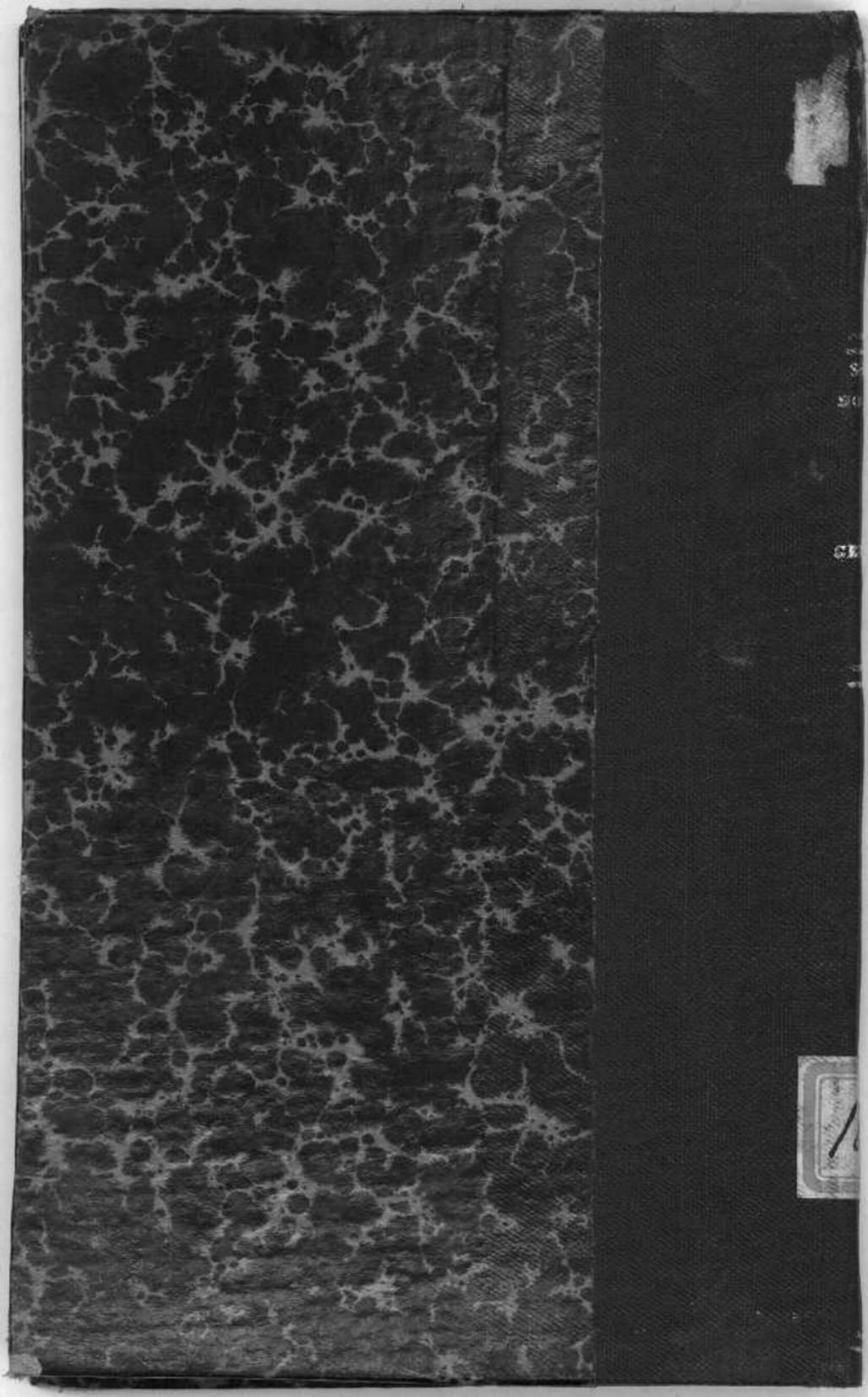
Pesetas.

Número. 1880 | Precio de la obra.....

Estante. 58 | Precio de adquisición.....

Tabla..... 9 | Valoración actual.....

Número de tomos.....



REVISTA DE LA
COMUNIDAD DE INVESTIGADORES
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

ANUARIO DE INVESTIGACIONES
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
OLIANA
SU AERONAUTA

A

GERVANTES

REVISTA DE LA
COMUNIDAD DE INVESTIGADORES
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

REVISTA DE LA
COMUNIDAD DE INVESTIGADORES
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

REVISTA DE LA
COMUNIDAD DE INVESTIGADORES
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA